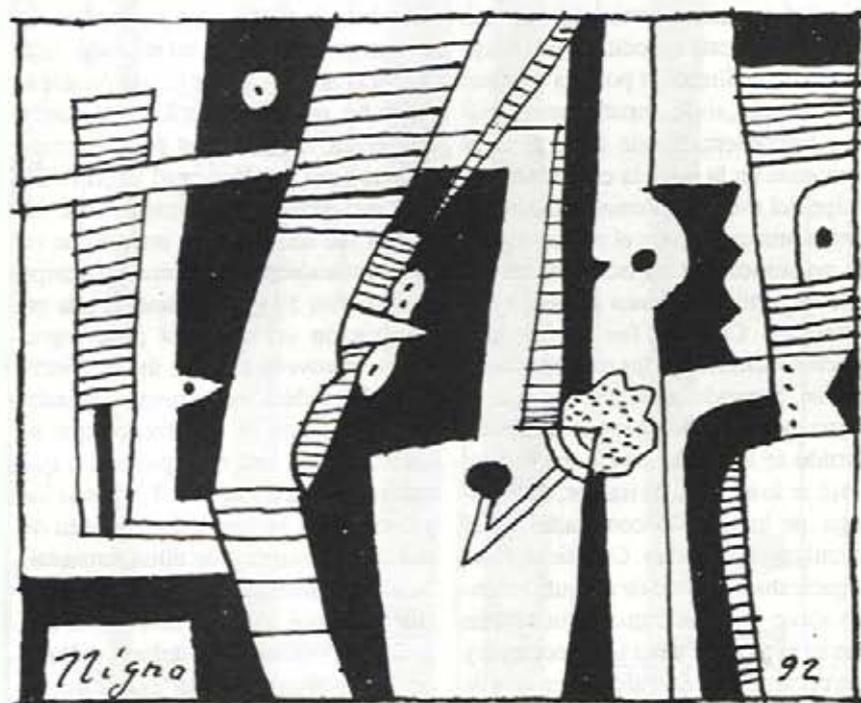


La construcción de un intelectual

José Aricó



Poco antes de morir, en agosto de 1991, José Aricó emprendió, junto a Carlos Altamirano y Rafael Filippelli un último trabajo. Se trataba de registrar en video una serie de entrevistas, sobre temas que Altamirano propuso y Aricó había aceptado. Las dos primeras fueron las únicas que pudieron realizarse. Con ellas como base, Filippelli dirigió el video que se presenta en el Club de Cultura Socialista José Aricó de Buenos Aires en agosto de este año. De las entrevistas, que diseñó Carlos Altamirano, extraemos dos tramos: sobre su incorporación al partido comunista y sobre la fundación de la revista *Pasado y presente*.

El comunista joven

Cuando era todavía muy chico, hacia 1946 ó 1947, en segundo ó tercer año del colegio secundario, entré a trabajar en una empresa comercial que se especializaba en controlar si las radios pasaban los avisos publicitarios que los

anunciantes habían pagado; trabajaba de ocho a doce de la noche, todos los días de la semana, salvo los miércoles. Esta empresa empleaba fundamentalmente estudiantes y allí me contacté por primera vez con comunistas: dos muchachos que también era compañeros de colegio. Ellos recibían la prensa, el semanario del partido

comunista, *Orientación*. El periódico me interesó. Me impresionó fuertemente un artículo de Marcel Prenant, un biólogo marxista francés, sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico. Esas dos palabras, que no había escuchado antes, se me grabaron como un campo de saber misterioso y esotérico que tenía que develar. Fue la preocupación por la conquista de cierto saber lo que me atrajo poderosamente a la lectura de este semanario. Empecé a recibirlo y, con la lógica del proselitismo, luego tuve que empezar a venderlo. Me afilié rápidamente al partido hacia septiembre de 1947 y desde ese momento fui un afiliado constante hasta que, a causa de *Pasado y presente*, nos expulsaron en 1963.

La entrada en el partido comunista significó también una cierta vinculación con el mundo obrero. Villa María [provincia de Córdoba] tenía entonces unos 40.000 habitantes y el local del partido funcionaba en la misma casa que el sindicato de obreros de la construcción, donde pude asistir a asambleas y discusiones. Mi actividad política primera me vinculaba así a sectores del mundo popular subalterno. La organización comunista de un pueblo como Villa María prácticamente no tenía ni se planteaba la conquista de intelectuales, ni era una formación extendida con fuerte raigambre en el lugar, aun cuando todavía guardaba conexiones que le llegaban de luchas anteriores, del campo antifascista, del Socorro Rojo, de las organizaciones de ayuda a España.

Yo tenía entonces quince o dieciséis años; el partido me apartó de todo el mundo de mis compañeros del secundario, entre quienes no había ningún comunista. Era como ellos en un conjunto de actividades y me diferenciaba de ellos en otro conjunto; frente a esto mis compañeros mostraban una actitud que mezclaba el reconocimiento y la distancia. Yo era un muchacho que tenía una vida marginal, y esa sensación de extranjería, de particularidad, de no ser exactamente como todos me acompañó durante muchos años, incluso cuando me trasladé a la ciudad de Córdoba. Esta experiencia de la diferencia me ha dejado durante muchos años cierta inclinación a asumirla con una jactancia, que, sin embargo, ocultaba el fastidio que me producía no ser como los demás: no aprendí a bailar, no aprendí a nadar, iba a reuniones políticas los días de carnaval; éramos seres estrambóticos que funcionaban por otro lado.

El partido, en cambio, no me separó de la familia. Mis hermanas y mi padre fueron ganados para esto nuevo que pasaba en mi vida; mi madre se mantuvo no digo indiferente, pero al margen, como protegiendo a esta familia que se le había comunizado. Mi padre entró al partido comunista un año después de mi afiliación, y mis hermanas, aunque no se llegaron a afiliar, me daban un apoyo fuerte porque mi vida también era la suya. La familia se comunizó porque entró en esa sociabilidad comunista de las fiestas (tediosas fiestas en las que siempre faltaba la púa para el tocadiscos y se bailaba casi nada), de los encuentros, de las reuniones.

El partido me abrió también un campo de saber, una franja de lecturas enormes, como el torrente de la literatura social; y el campo de una especie de sociedad propia, extremadamente solidaria, comunicada, solidaria como lo son las comunidades perseguidas. Encontré una socialidad que no giraba en torno al alcohol, los naipes y las fiestas, sino a discusiones sobre un mundo diferente; y, además, esa sociedad era la prolongación de un mundo que ya era diferente, porque allí estaba la URSS; el partido nos comunicaba con un inmenso río internacional. Éramos parte de un universo, y esa era una sensación poderosa y exaltante. Nos

vinculaba, además, a una historia de luchas casi seculares por el cambio; desde Villa María o desde Córdoba podíamos hacer que nuestra pequeña historia individual se fundiera en una historia universal.

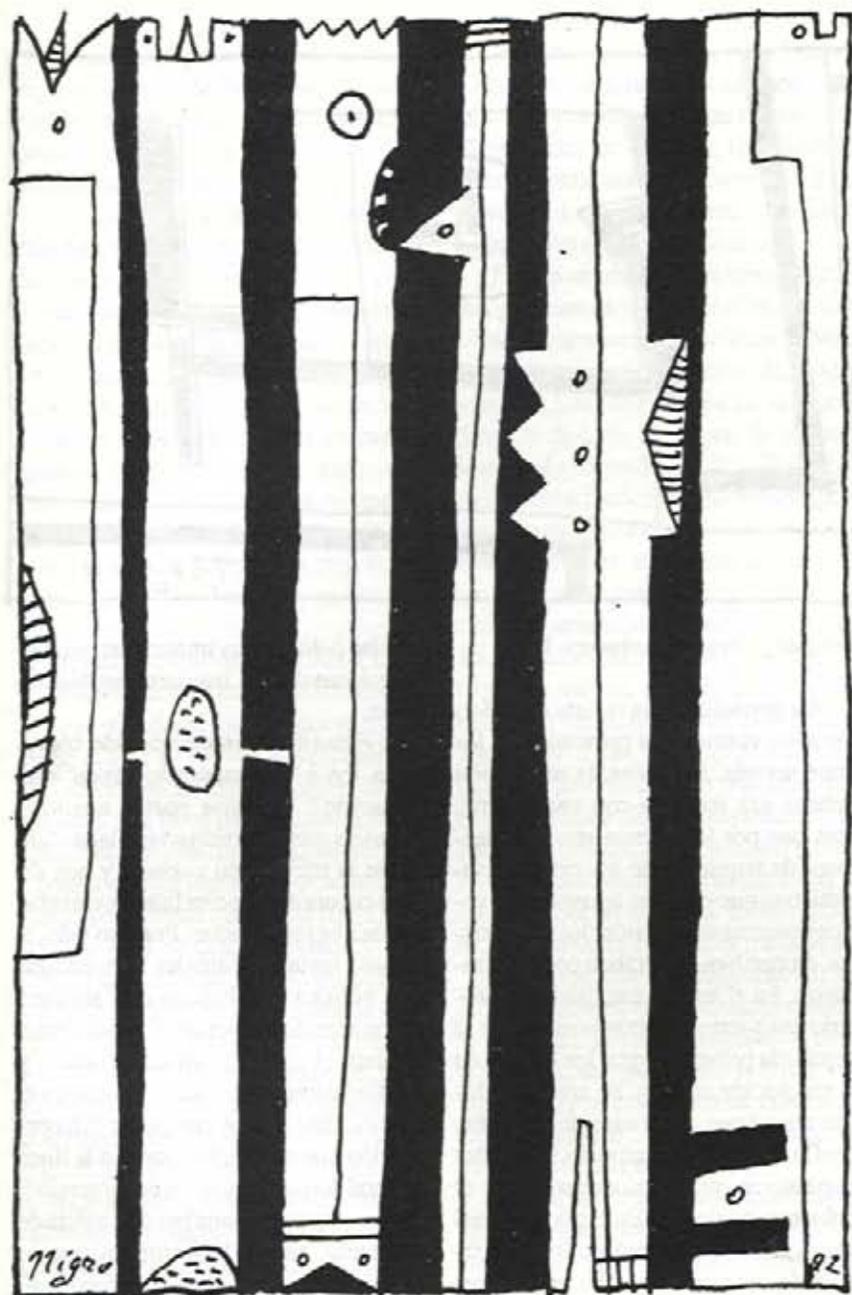
Creo que ese sentimiento compensaba el de exclusión. Pero una compensación más o menos lógica en términos de valores no alcanza para resolver el problema de las individualidades que era suprimido como temática. Las individualidades no contaban; los problemas particulares eran déficits en la adquisición de valores.

En el partido logré camaradas. Los amigos se probaron cuando dejé de ser camarada. Yo no sé cómo definir la amistad en una organización de ese tipo. Si todo está supeditado a la aceptación de la dirección política y de sus resoluciones, si el compañerismo significa fundamentalmente esto, si se es camarada en la medida en que se participe del mismo sistema de creencias con la misma fe y con el mismo ánimo de no someterlas a discusión, las relaciones amicales nunca aparecen con claridad. Cuando fui expulsado, prácticamente todas las relaciones que habían parecido amicales se destruyeron, porque al hombre expulsado del partido se lo condenaba a una muerte civil; se lo acusaba de traidor, de tránsito, de haber sido comprado por el enemigo, de corrupto. Casi siempre se organizaba una serie de descubrimientos sobre su pasado que demostraban que su exclusión había sido necesaria y que el partido había realizado un acto de justicia. ¿Cuáles fueron las relaciones amicales que se salvaron? Las del grupo de comunistas que participamos de la misma aventura, aquellos que resolvimos poner en cuestión las posturas del partido y estuvimos dispuestos a sufrir la expulsión.

En mi trayectoria dentro del partido ocupé bastante cargos. Desde 1947 a 1949, estuve en la organización de Villa María. Allí me ocupaba de la biblioteca, daba cursos. Me acuerdo que el primero fue sobre la biografía de Marx de Franz Mehring. Yo en realidad no conocía nada; recién estaba leyendo el libro y se los explicaba en voz alta a personas que no mostraban excesivo

interés en esa historia, porque pensaban que la conocían, o porque estaban ocupados, o tenían sueño a esa hora de la noche. Empresas que no cuajan en una organización, como la de Villa María, que ya estaba colocada en el nivel de la sobrevivencia, porque la censura y la intolerancia peronista se endurecieron y ya habían empezado las prisiones.

En esa época no había una legislación represiva detallada; luego surgió la figura del desacato al presidente o el uso y abuso del estado de sitio. Pero, en general, el peronismo se ajustaba al código de faltas, y eras penalizado, por ejemplo, por orinar en la vía pública. Entonces te tenían quince o veinte días; salías, te esperaban en la esquina y te llevaban de nuevo. Así yo pasé como ciento setenta días de un sólo año. Una vez acababa de salir de la prisión, me di un baño, me puse un sobretodo nuevo que tenía, fui a la casa de unos compañeros del partido, cayó la policía y allí me dieron otros veinte días. La cárcel fue un elemento interesante en mi formación personal; mucho tiempo de los años 50 y 51 la pasé en una organización estructurada para lograr cierto aprovechamiento útil del militante detenido. Una comuna organizaba la distribución de los bienes que se recibían, con una escrupulosidad que nunca volví a encontrar. Y además los cursos y las lecturas: un conjunto de militantes, muchos de ellos semianalfabetos, se integraban en una especie de microcosmos donde el tema de la formación política y el debate cultural aparecía notablemente expuesto. A veces grotescamente expuesto: en 1950, caí justo cuando se estaba discutiendo las teorías de Lisenko. Y era interesante ver a plomeros, hojalateros, albañiles, electricistas, algún abogado por allí, un ingeniero, discutir sobre las leyes de la herencia y sobre cómo las teorías de Mendel eran teorías burguesas. La ingenuidad, pero al mismo tiempo la pasión con que se discutían temas de los que no se conocía prácticamente nada, mostraban, de manera disfrazada y si se quiere grotesca, el papel que desempeñaba la cultura en la formación de un militante comunista. Entonces, esos dos o tres años, donde estuve preso muchas veces, fueron muy útiles porque me enseñaron cosas sobre el trabajo soli-



dario y el rigor. La prisión también influyó sobre mi padre porque él empezó a leer estando preso. Una vez llevé el *Facundo* a la cárcel y no dejó de recordar la pasión con la que mis compañeros siguieron la lectura de un libro que no hubieran leído seguramente en otras circunstancias.

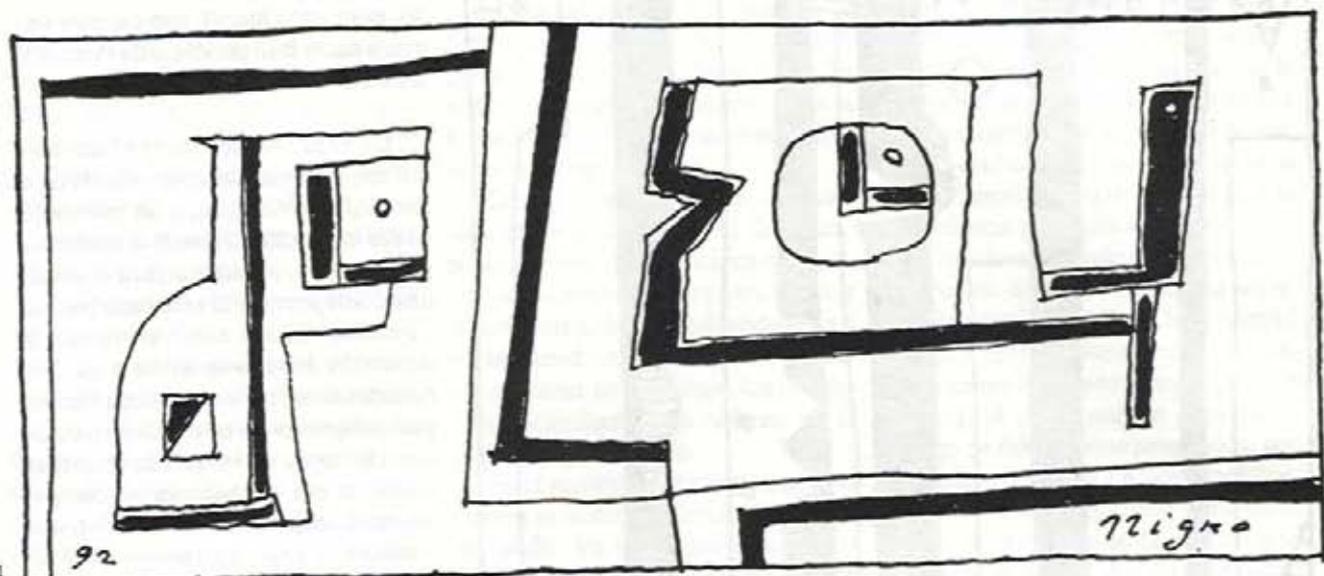
En 1949 me voy a estudiar derecho a Córdoba (abandoné después de una detención; cuando salí empecé a buscar un trabajo y me convertí también en militante profesional). Pasé a la dirección de la juventud comunista como tesorero; yo era estudiante y había que tratar de no elegir a un estudiante como

secretario general; se buscaba a un obrero, y se lo buscaba hasta que se consiguiera alguien. Entonces yo era secretario de organización, de propaganda, de finanzas, pero no secretario general. Como secretario de finanzas quedaba a mi cargo toda la labor de obtención de recursos; el área de trabajo cultural dependía de la comisión de recursos porque se consideraba que la cultura y su difusión podían también darle algunos pesos a la juventud comunista. Esto me permite acceder al campo de las personas que trabajaban en los temas de la cultura y en la universidad. Conozco a Oscar Del Barco y a Héctor Schmucler (con él había esta-

do preso poco antes), con quienes vamos a hacer la experiencia de *Pasado y presente*.

En 1952 me toca hacer el servicio militar; me destinan como oficinista a San Rafael, Mendoza, a un latifundio de dos mil hectáreas donde se sembraba papas, alfafa, pimientos para el suministro del ejército. Fui a ese lugar porque ya estaba fichado como comunista y dentro del ejército se tendía a que los fichados como pertenecientes a ideologías peligrosas no estuvieran vinculados a la tropa. Yo era prácticamente el único en esa intendencia de campo, adonde trabajaban también cinco o seis muchachos casi analfabetos de Malargüe. El ritmo de trabajo allí era muy simple; a los dos de la tarde se iban todos y desde las dos hasta el otro día me quedaba sólo en mi oficina. Me llevé una gramática de italiano, un diccionario, un cuaderno y las *Notas sobre Maquiavelo* de Gramsci. Traduje ese año, aprendiendo el italiano, las *Notas sobre Maquiavelo*. Por eso yo digo que le debo al ejército argentino la posibilidad de haber adquirido el idioma que me permitió leer a Gramsci.

Había visto por primera vez el nombre de Gramsci en 1950 cuando, ocupando una página entera de *Orientación*, apareció el prólogo de Gregorio Berman a las *Cartas de la cárcel*. No sé qué decía el prólogo, pero creo que lo que me impresionó tenía que ver con la forma en que me estaba situando en el partido comunista. Porque yo era un hombre interesado por la reflexión y la tradición teórica y además era un militante político y no encontraba ni en los intelectuales ni en los políticos esa doble función: con los intelectuales a veces podía hablar de Gramsci, pero tenía que forrar un libro de Gramsci para poder ir a las reuniones, porque si alguien me veía un libro de ese tipo me decía, como me dijo el responsable agrario del partido comunista, que mejor leyera las obras de la Academia de Ciencias de la URSS, en vez de libros que siempre te ponían en la frontera. Había, entonces, un campo de lecturas que yo debía hacer en silencio; por eso pude leer a Trotsky: lo tenía en mi casa, pero nadie sabía que lo tenía. Y esa posibilidad de juntar las dos cosas estaba en Gramsci.



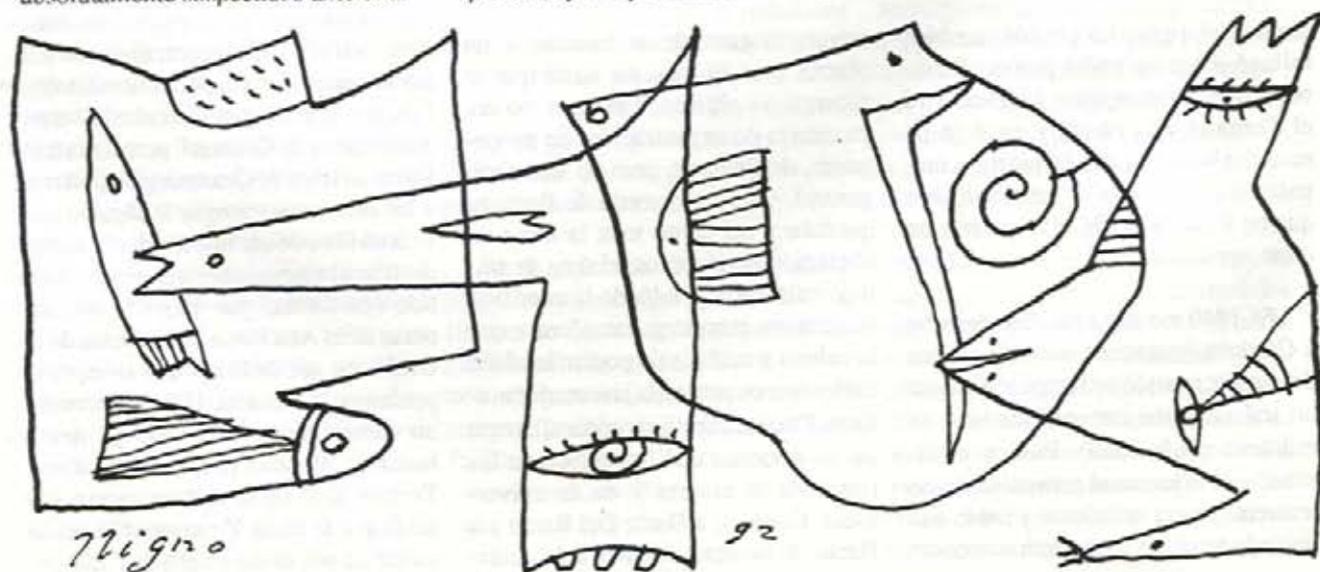
Eso fue lo que me llevó a comprar sus obras, entre 1951 y 1953, en la edición de Einaudi que había traído una librería de Córdoba. Esas lecturas formaban parte de algo que yo reservaba y no hacía circular; mi actitud era un tanto esquizofrénica. Tenía un comportamiento en la dirección del partido (ya era miembro del comité provincial) donde callaba muchas de las cosas que pensaba y, en ocasiones, comentaba afuera. A veces me metía en situaciones difíciles, porque estaba obligado a defender cosas que no suscribía ante personas que sabían que yo pensaba de manera distinta. Esta duplicidad me permitió no perder cierto prestigio y reconocimiento entre sectores que cada vez estaban menos de acuerdo con la dirección del partido, pero me tornaba absolutamente sospechoso ante ella.

Pasado y presente, número 1

La gestación de la revista *Pasado y presente* comienza a principios de los años sesenta. Entonces, la revolución cubana era recibida con entusiasmo, más que por los comunistas, por sectores de izquierda de los partidos socialistas, que estaban atravesando varios procesos de división; los comunistas, en cambio, la miraban con desconfianza. En el mundo estudiantil se produjo una suerte de recomposición de la izquierda provocada por los hechos de la revolución cubana. Se arma un bloque nuevo que, en el caso de Córdoba, confluye con organizaciones sindicales combativas que presionaban sobre el gobierno nacional. Emergía algo así como un bloque social-político de izquierda, que representaba una expresi-

sividad política muy importante en torno a las ideas de una izquierda revolucionaria.

¿Hasta qué punto el partido comunista iba a ser capaz de captar esta situación? Por una parte, nosotros veíamos que el partido no hablaba claro sobre la revolución cubana, y nos dimos cuenta de que esta falta de claridad implicaba resistencias. Por otro lado, el partido tenía dificultades para encarar una política de alianzas con sectores peronistas de izquierda. Y, finalmente, estaban el conflicto chino-soviético y las discusiones sobre el stalinismo en la URSS. Este era un campo de diferenciación que no afectaba tanto a la línea general del partido comunista argentino, que ya se pronunciaba por una salida de izquierda, sino a la forma en que se instrumentaba esa política, cómo fun-



cionaban las direcciones, cómo era el régimen interno de discusión, la ausencia de democracia y de un debate político-cultural que permitiera rearmar al partido y ponerlo al día.

En Córdoba se habían producido cambios en la universidad, donde los comunistas, con una lista de frente, habíamos ganado las elecciones en la facultad de filosofía y se había ampliado la base de representación de las fuerzas de izquierda, incluyendo a estudiantes y profesores. En ese momento aparece la posibilidad de sacar una revista de crítica cultural, más que de política. En torno a ese proyecto comenzó la discusión; pero la cosa se desarmó, Oscar Del Barco se va con una beca a Francia...

Y entonces se reúne el XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS. Lo que sucede en ese congreso estaba ya en el aire en los momentos anteriores: se estaba articulando en el orden nacional una línea de crítica muy dura. Este es el clima de base que nos impulsa a pensar que ha llegado el momento de gestar una revista que ya no fuera sólo cultural sino de crítica política y cultural, y que no fuera del partido, porque como revista del partido hubiera sido imposible. Una revista que nos permitiera incorporar a los comunistas, pero bajo una dirección que no pudiera ser controlada porque estaría formada por comunistas y no comunistas. Este es el esquema que pensamos fundamentalmente las cuatro personas que estábamos en el comienzo del proyecto: Oscar Del Barco, Samuel Kieckskovsky, Héctor Schmucler y yo. También se produce entonces el encuentro con un grupo de Buenos Aires que tenía preocupaciones más o menos semejantes: conozco a Portantiero, por el año 61 ó 62. Y desde ese momento comienza una correspondencia mía con Portantiero, y en un cruce de cartas ambos proponemos el mismo título para la revista: *Pasado y presente*. La idea era sacar una publicación que permitiera hacer conocer los debates que no lograban anclar en el interior del partido. Comenzamos las reuniones, iniciamos contactos, nos vinculamos con otros intelectuales. Hasta ese momento, la idea contaba con cierto aval del partido comunista de Córdoba (que imaginaba

a la revista como un órgano de frente), y el dinero para sacar los dos primeros números vino de aportistas del partido. El proyecto, en cambio, fue recibido con desconfianza por la dirección de la juventud a nivel nacional, que quiso disuadirnos de sacar la revista.

Pero nosotros ya estábamos lanzados y armamos el primer número. Ese número, que apareció en marzo de 1963, tiene dos grandes planos de intervención. Uno descansaba en la reproducción de todo el debate de los italianos sobre el problema de la dialéctica y el método dialéctico, que tenía importancia para reflexionar sobre el tipo de marxismo, con una serie de connotaciones sobre metodología política, y consecuencias sobre la política de alianzas y las modalidades de representación (o por lo menos, esa fue la relevancia que tuvo en Italia). Nosotros no conocíamos todas esas implicaciones políticas pero intuimos que nos iba a permitir abrir todo un campo de debate sobre el marxismo, y además poder medir al instrumental marxista con el de las ciencias sociales contemporáneas y con otras corrientes filosóficas.

El otro plano era el del editorial. Yo escribí el de ese primer número; cuando se los leí a los demás compañeros de la redacción, se empezaron a reír y me dijeron: "Con este editorial nos van a expulsar a todos". Y efectivamente, nos liquidaron a todos.

En ese editorial yo intentaba fundar todo mi razonamiento amparándome en ciertas corrientes comunistas. La discusión era ésta: en el partido comunista había un problema generacional (ya ese tema se había planteado en la discusión de Portantiero con *Contorno*); la caída del peronismo marcaba la presencia de una crisis generacional. Desde mi punto de vista, ese problema debía ser abordado por el partido, porque ahí estaban los instrumentos para pensarlo, en la medida en que no podía haber una contradicción permanente entre jóvenes y viejos. Pero primero había que reconocer que esa crisis existía en sus propios términos, y provocar los cambios que permitieran superarla. Todo esto me llevaba a proponer un cambio de percepción de la situación nacional que impulsara un audaz desplazamiento del partido comunista hacia la conquista

de las masas, que era la conquista del peronismo en disponibilidad. Esto significaba que había que descomponer una historia tal como la habíamos compuesto, cambiar nuestra caracterización del mundo peronista y señalar una diferencia fundamental entre el juicio sobre el gobierno de Perón y el efecto de nacionalización de masas que creó esa experiencia histórica. Para eso era necesario un rearme ideológico del partido y una modernización del instrumental que permitiera ponerse en condiciones de establecer un diálogo productivo con las ciencias sociales como parte del proceso de conquista de los nuevos intelectuales. Esto es lo que decía el editorial, mostrando al mismo tiempo la necesidad de un debate profundo y la confianza en que el partido podía encararlo. Yo pensaba que esto, dicho desde una revista de frente, era una forma elegante para que el partido pudiera hacer las cosas y, en cierto sentido, utilizarnos a nosotros como un elemento de presión y de cambio.

No teníamos una percepción muy clara, porque esto lo pensábamos desde la juventud de Córdoba y no desde la dirección nacional. Creíamos que había fuerzas en el partido para esta tarea y no comprendíamos hasta qué punto la crisis profunda que se había abierto en el movimiento comunista por la confrontación con China, las revelaciones sobre el stalinismo y las fisuras consiguientes, fortalecían un temor profundo frente a la expansión de este debate que (se imaginaba) iba a provocar un proceso de laceración irreversible del partido. Por eso, con nosotros hicieron lo que Orestes Ghioldi decía que había que hacer: agarrar a la gallina y retorcerle a tiempo el pescuezo. Nos expulsaron demostrando que no había ninguna posibilidad de debate ni de cambio. Por allí el camino acababa de cerrarse.